



TAUROMAQUIAS

ANIMAL totémico, amado y humillado hasta la muerte, el toro quiere simbolizar una forma de ser, representar una constante cultura que, en España, se manifiesta con toda su crudeza, quizá crueldad, en los festejos populares. El toro puede ser embolado, lanceado, asaeteado, ensogado: sometido a diferentes suertes donde se mide la virilidad de los contrincantes, expuestos a la muerte, en un encuentro bárbaro de sangre que transforma el valor y la temeridad en un ritual utilizado para definirnos como pueblo.

Escultóricamente, ha sido magistralmente tallado (toro de Arjona), inmortalizado en piedra berroqueña (toros de Guisando), que quiere ser alma de verraco. Artesanalmente ha sido reproducido en barro: el toro de Cuenca, el de Andújar o el estilizado «xiurell» de las Baleares, que hubiera firmado como propio Joan Miró. El profesor Gaya Nuño, en su obra «Escultura ibérica», escribe: «Las bestias y bichas ibéricas tuvieron, desde un ayer anterior al siempre, un prestigio mitológico que no cambiaríamos de ningún modo y a ningún precio por el de los centauros griegos. Estos animales nos la-

ten siempre en la sangre meridional de las redondas Españas como una prolongación del paisaje, cual si los toros, caballos y monstruos fueran minerales o vetales de carne y sangre caliente. Como los iberos retrataban a sus toros y los fundían con la vida y su horizonte, Pablo Picasso los continúa retratando en cualquier ocasión. Los toros y bichas constituían un costado extraordinariamente importante en la mitología ibérica, punto capital que no conocemos, pero que prevemos en sus carreras de sangre y en las festividades presididos por extraños espantajos. Como quiera que todo ello ha persistido mediante las corridas de toros, las tarascas del día del Corpus y otras muchas raras intrusiones de lo animal y lo fantástico en la vida humana, no una sabiduría concreta, sino la inminente certeza de que todo lo inexplicable en nuestra tradición ibérica nos conforta en cuanto a vejez ancestral de muchísimos de nuestros ritos y sobre la legitimidad de los mismos».

En literatura, los toros siempre han ocupado su particular parcela. Los ejemplos serían incontables: desde Lope de Vega en «El mejor maestro el tiempo» (segundo acto)

hasta Ortega, Cossío... Para «Tauromaquias» nos quedamos con el anónimo «Lazarillo de Tormes», con el fragmento del calabazazo: «Salimos de Salamanca, y llegando a la fuente, está a la entrada de ella un animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego mandóme que llegase cerca del animal, y puesto allí, me dijo:

—Lázaro, llega el oído a este toro y oirás gran ruido dentro dél.

—Yo, simplemente, llegué, creyendo ser así. Y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recia la mano y dióme una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada y djome:

—Necio, aprende que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo.

Históricamente es imposible precisar, ni por aproximación, el nacimiento de la fiesta de los toros. De ser cierto, el primer testimonio situaría el origen en Varea (Logroño) en el 1135, cuando la coronación de Alfonso VII; aunque hay que esperar al quinquientos para catalogar las primeras obras plásticas sobre los toros, realizadas por artistas flamencos y alemanes. El primer gra-